

Celebrando las nupcias del cálamo y la tijera en santa Rosa de Lima y las *Palabras del silencio* de Emilio Ricardo Báez

Luce López-Baralt
Profesora Distinguida
Universidad de Puerto Rico
Correo electrónico: lucelopezbaralt@gamil.com

Parafraseando a san Lucas 2, querría comenzar anunciándoles una buena nueva: ha nacido entre nosotros un sabio. Esto lo digo literalmente, con todas sus letras, sin ápice de exageración y con una innegable dosis de alegría: un libro como *Las palabras del silencio de santa Rosa de Lima o la poesía visual del Inefable* establece un diálogo intelectual de extraordinaria altura con los expertos rosarianos más solventes del mundo y coloca a Puerto Rico a par de ellos. Aún más: con este libro la crítica literaria en la isla marca un hito de madurez incontestable del que todos tenemos el legítimo derecho de sentirnos orgullosos.

El estudio de Emilio Báez sobre la expresión mística poliartística de santa Rosa de Lima (o santa Rosa de santa María, como prefiere llamarla) implica una labor de muchos años; exige, sobre todo, una pasión sostenida. Esto ha llevado a nuestro estudioso a desplegar sus destrezas archivísticas en las bibliotecas con fondos coloniales más diversas del mundo, que ha podido visitar gracias al respaldo de las becas del Younger Scholar Award de la National Endowment for the Humanities y la “Beca Presidencial” de la Universidad de Puerto Rico, ésta última ya lamentablemente extinta. Bajo la sabia tutela del Dr. Ramón Mujica Pinilla, uno de los expertos más prestigiosos en el campo rosariano, Emilio Báez investigó en Perú en la Sección de Documentos Coloniales del Archivo General de la Nación y en los Archivos del Arzobispado de Lima. En México, ahora bajo la dirección de la Dra. Josefina Muriel, exploró los fondos de la Biblioteca Nacional de México y el Museo Nacional del Virreinato. Ya en España se dedicó al Archivo Histórico Nacional de Madrid (CSIC, Sección de la Inquisición) y al Archivo de Indias de Sevilla, entre otras colecciones importantes. Los fondos bibliotecarios de Estados Unidos tampoco han quedado al margen

de las pesquisas de nuestro autor: ya ha revisado las Bibliotecas de las Universidades de Johns Hopkins y de Michigan, y ahora, como *visiting scholar* del Departamento de Lenguas Románicas de Harvard para 2013-2014, hará fiesta—no hay otra manera de decirlo-- en la célebre Biblioteca de Widener—aquella que para mi llorado amigo Jorge Guillén “justificaba el descubrimiento de América”—así como en la Houghton Library, que alberga valiosísimos fondos inéditos. Por la cercanía geográfica, sé bien que nuestro joven estudioso planea saquear también la colección de la biblioteca John Carter Brown de la Universidad de Brown, que tiene importante documentación para temas de misticismo novohispano (autobiografías espirituales) y libros sobre iconografías indianas que le son pertinentes a su área de especialización. Claro que estas últimas investigaciones en Nueva Inglaterra ya las llevará a cabo nuestro prolífico experto en espiritualidad colonial con miras su segundo libro sobre la espiritualidad novohispana, pero, a la luz del estudio primogénito que hoy celebramos, hay que exclamar no ya “¡Dios lo lleve al Perú! Sino “¡Dios lo lleve a Boston!”

Por todo lo que vengo explicando, salta a la vista que estamos ante un joven investigador que se responsabiliza de veras ante los retos de su *metier* y que sabe bien qué puertas tocar y qué silencios monacales de estudio guardar para llevar a cabo una obra de la envergadura de la que nos regala hoy. Desde muy temprano Emilio Báez mostró el perfil de un futuro *scholar* en ciernes. Me siento honrada de haberlo acompañado de cerca de lo largo de muchos años cruciales: dirigió su tesis de honor en la Universidad de Puerto Rico, que versaba sobre el discurso místico-literario de Borges—a su defensa asistió nada menos que María Kodama y demás está decir que el alumno no nos hizo quedar mal ante la mismísima viuda de Borges. El libro que presento hoy es hijo de la tesis de maestría de Emilio en la Universidad de Puerto Rico en torno a Santa Rosa, en la que también lo acompañé como directora. Su próximo estudio —hablo ya de él por su inminencia— constituye un estudio panorámico sobre las contemplativas visionarias de los virreynatos del Perú, México y Nueva España, que no dudo en calificar de impresionante, pues conozco bien sus primicias: nació a su vez de otra tesis, esta vez doctoral, que Emilio defendió en la Universidad de Sevilla, y que tuve una vez más el privilegio de co-dirigir con la profesora María Caballero. Andando el tiempo Emilio y yo comenzamos a trabajar juntos en temas afines: publicamos en colaboración una entrevista a María Kodama relacionada con el fenómeno

místico en Borges, y coincidimos en congresos de mística y en volúmenes colectivos acerca del tema que cada día nos iba uniendo más. Para un profesor no hay don más alto que éste que comparto con uds: Emilio fue mi alumno. Emilio es hoy mi maestro.

Las palabras del silencio de santa Rosa, patrona de Lima y del Perú, de la América Hispana y de Filipinas, constituye un estudio a fondo de los avatares de la vida y de la misteriosa obra simultáneamente plástica y verbal de esta mística a quien le cupo el honor de ser la primera persona canonizada del Nuevo Mundo. Nos recuerda Emilio Báez al inicio de su estudio que también santa Rosa de Santa María (1586-1617) fue la primera en América en dar forma artística a las etapas sucesivas de su alta vida espiritual, ya que ninguno de los místicos que la precedieron en la colonia indiana hizo lo que ella: fraguar el primer discurso conscientemente creativo del pensamiento místico de nuestra orilla atlántica. La contemplativa limeña estrena otra singular aventura: la de acriollar el ascetismo medieval (incluyendo el de santa Catalina de Sena, la figura que tuvo por modélica), ya que siempre se resistió a ingresar formalmente en la vida conventual para llevar a cabo su apostolado. La Patrona de América fue pues una santa laica.

El estudio que hoy ve la luz interroga con una rigurosa objetividad que es muy de agradecer las causas de la rápida ascensión a los altares de santa Rosa de santa María en 1671: tanto su apasionado culto a las imágenes, sus visiones marcadamente icónicas y su riguroso ascetismo respondían a la espiritualidad medieval iconográfica potenciada por el Concilio de Trento y por los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio de Loyola. La proclividad evangelizadora de la santa, con su particular compasión por los indios que trabajaban en las minas de su padre, entre quienes hacía proselitismo cristiano, validaban a su vez las consignas contrarreformistas católicas del momento. Su canonización, por más, también venía a servir a los propósitos políticos de la Corona: Felipe IV intervino en Roma para expeditar el proceso, respaldado vivamente por la jerarquía de la Iglesia y del estado del virreynato del Perú, porque la vida de la visionaria, devota del Niño Jesús y de la Virgen del Rosario, se vislumbraba, lo afirma con toda razón el autor, como profecía del poder terrenal de la Casa de Austria.

Santa Rosa, Patrona de América y Filipinas, había logrado acriollar la doctrina católica en el virreinato del Perú, dándole espacio protagónico al criollo y al indio nativo por igual (llegó al extremo de adoptar un humilde

indito de un año para prepararlo como futuro evangelizador de su casta). Emilio Báez propone que la importancia aglutinadora de la figura de la santa fue precisamente la que la puso a salvo de la persecución inquisitorial que acosó a tantos de sus seguidores. Incluso algunos espirituales que esgrimían exactamente las mismas ideas contemplativas de la doncella peruana fueron denunciados ante El santo Oficio virreynal, como recuerda oportunamente Fernando Iwasaki y confirma Emilio Báez (p. 99). Lima, en efecto, se hizo eco de la “herejía” de los alumbrados que asoló la Península en la España de los Austrias. La joven contemplativa de la ciudad de los Reyes se pudo haber salvado del estricto cotejo y de la condena de su ortodoxia religiosa por la particular necesidad histórica de las autoridades imperiales de la época, que la necesitaron como fuerza aglutinante para sus proyectos evangelizadores e imperiales. El autor lo afirma taxativamente: “Bajo el Patronato de Rosa, extendido a las Américas hispanas y a las Filipinas, [...] quedaba concedido el *imprimatur* del Cielo al apostolado de la monarquía española en Indias, con derecho propio de reinar sobre sus colonias” (52). Pero la cosa era mucho más compleja, ya que, irónicamente, la santa representaba también la afirmación nacional de una naciente e irreprimible conciencia de pueblo para los criollos e indígenas peruanos y aun para el resto de Hispanoamérica. El icono de la cristiandad novohispánica es pues un icono paradójicamente bifronte. No puedo estar más de acuerdo con Emilio Báez, pues nada es en blanco y negro en la historia, y mucho menos los complejos símbolos de los que se sirven los pueblos para sobrevivir.

En el segundo capítulo de su estudio Emilio Báez explora en detalle cómo los “tiempos recios” que denunciara Santa Teresa de Jesús se sufrieron en ambos lados del Atlántico. Tanto en España como en ultramar muchos espirituales fueron condenados por el Santo Oficio y otros en cambio se salvaron por coyunturas históricas que a veces poco tenían que ver, como dejé dicho, con la ortodoxia de sus obras contemplativas. Vaya como ejemplo el caso de Miguel de Molinos. El extraordinario contemplativo sufrió por siglos el mote ignominioso de “heresiarca” y no logró ser reivindicado sino hasta el siglo XX, cuando el teólogo Eulogio Pacho estudia objetivamente su obra para concluir que sus doctrinas en torno a la alta vida del alma en nada diferían de las de su antecesor san Juan de la Cruz. Pero como la persecución aumentaba su celo según avanzaba la Contrarreforma, a san Juan, hijo del siglo XVI, le tocó la suerte de subir

a los altares y a Molinos el estigma de la cárcel inquisitorial. (No resisto narrar una anécdota personal que pone de relieve la dificultad que conlleven estas ‘reivindicaciones’, incluso modernas, de la ortodoxia: pregunté a Eulogio Pacho, gran amigo y co-editor conmigo de las obras de San Juan de la Cruz, si después de sus estudios Molinos sería inmediatamente restituido en la Iglesia como contemplativo ortodoxo, dando un mentís a las antiguas detracciones doctrinales de las que había sido objeto. El P. Eulogio me confesó con humildad que ya él había hecho su trabajo investigativo, y que ahora le tocaba Congregación para la Doctrina de la Fe —es decir, a la moderna ‘Inquisición’— tomar el caso desde ahí. Léase: tomarlo *sine die*.)

Pero volvamos a santa Rosa de santa María. La posteridad había tenido noticia de la vida espiritual de la Patrona de América tan sólo a través de fuentes secundarias. Habíamos contado con el pormenorizado testimonio de sus confesores y directores espirituales—pensemos en el doctor Juan del Castillo y en las declaraciones juradas vertidas por los testigos a un cuestionario de 32 preguntas acerca de las virtudes y sobre todo de los milagros de la candidata a beatificación, que dieron pie a biografías pioneras como la de fray Pedro de Loaysa, titulada *Vida, muerte y milagros de sor Rosa de Santa María* (1619). Gracias a todo este material conocíamos acerca de la vida de extrema mortificación y penitencia que llevó la joven contemplativa, así como de sus persistentes noches oscuras, de sus milagros y de sus visiones de la Virgen y del Niño Jesús, con quien se desposa solemnemente en una curiosa ceremonia en la que media incluso un anillo nupcial grabado (p. 39). También han llegado hasta nosotros sus poemillas de corte popular a lo divino, algunos de los cuales, curiosamente, había cantado la Melibea de *La Celestina* en su versión original de amor humano.

Acaso lo más significativo de la documentación rosariana con la que contábamos hasta hace poco sean los testimonios a través de los cuales podemos inferir que la santa limeña no era tan sólo una visionaria, como tantas monjas contemplativas que la precedieron, sino una mística auténtica. La joven limeña había descrito con pormenor sus visiones de Cristo, los ángeles y la Virgen a sus interlocutores religiosos. Pero ahora, acuciada por su confesor del Castillo a que dijese “qué figura tenía Dios” —sabiendo bien que la Divinidad carece de toda imagen— descubre que a Rosa le falla el lenguaje. Afásica, tan sólo apunta a símbolos balbuceantes de lo eterno e indecible: “Dijo que Dios era como un mar infinito o nube

infinita y que no sabía más declarar” (68). Rosa, que tan minuciosa había sido con sus imágenes visionarias, calla ahora: sabe bien que el silencio es la mejor manera de homenajear su experiencia teopática abisal. La santa tan sólo puede asociar a Dios con lo ilimitado, con una indeterminada *nube o mar infinitos*: no le pone rostro, no le pone imagen ni medida. La metáfora con sabor a infinito —que esboza con reverencia instintiva antes de enmudecer, como bien apunta nuestro Emilio Báez, “se puede rastrear a todo lo largo de la literatura mística universal” (69). Santa Rosa de santa María no es pues tan sólo una visionaria: todo indica que estamos también ante una mística.

De todo este material documental se ocupa el Dr. Báez en el primer y segundo capítulos de su libro, pero pone de relieve una pérdida lamentable para las letras hispanoamericanas y para la historia del fenómeno místico. A pocos años de la muerte de Rosa, desapareció nada menos que la *Autobiografía espiritual* de santa Rosa. También se han esfumado misteriosamente muchos pliegos concernientes a su proceso de beatificación. Mujica Pinilla había buscado inútilmente el tomo autobiográfico perdido, pero Emilio Báez no se dio por vencido e intentó rastrear a su vez la *Autobiografía* de la santa en la Sección de la Inquisición del Archivo Histórico Nacional de Madrid. La obra había sido enviada allí desde Lima a Madrid, como consta por un acuse de recibo (Libro 353, fol. 168), pero todo esfuerzo resultó en vano: no queda rastro de su presencia. Emilio Báez, obligado a las labores detectivescas que tiene que ejercer todo estudioso de la espiritualidad española renacentista, delató otro frustrante hiato bibliográfico rosariano: tampoco queda constancia de ninguna carta que dé noticias sobre la labor conjunta de España con el virreynato del Perú, concertada por Roma, a favor de la causa de beatificación de la Patrona de América. Es obvio que no sólo la *Autobiografía* de la santa limeña, sino el conjunto de su proceso canónico se han perdido de manera harto sospechosa. *Something's rotten in the state of Denmark*. Aunque nuestro autor, incansable rebuscador de archivos, es cauto y se guarda bien de ser categórico con el espinoso asunto de la extraña desaparición de los papeles rosarianos, me permito cargar la mano en mi sospecha de que hubo razones de mucho peso para que las mismísimas autoridades que favorecían a la futura santa limeña pudieran haber gestionado la desaparición de su *dossier* espiritual. De seguro, un cotejo canónico a fondo de las memorias espirituales de la joven visionaria hubiera podido encontrar

causa para detener la beatificación y dar paso, en cambio, a un proceso inquisitorial en su contra. Sabemos por sus declaraciones a los confesores que Rosa incurre en algunas modalidades contemplativas que incluso antes de su muerte se consideraban peligrosas. Pensemos en la noción de la inmortalidad e incorruptibilidad que experimenta el místico en medio de su unión con Dios, ya denunciada por San Ireneo en el siglo segundo D.C. e identificada, siglos más tarde, con la posición herética mesalianista (67). Con el paso de los años, posiciones contemplativas como ésta se volvieron cada vez más peligrosas: recordemos la persecución que sufrieron muchos de los seguidores espirituales de la virgen limeña. Irónicamente, el propio director espiritual de la santa, Juan del Castillo, como nos recuerda Báez, “se dedicó a elaborar una teología especulativa fundamentada en sus conversaciones con Rosa, que le granjeó una fulminante sanción de parte de las autoridades eclesiásticas” (97). Ya dije que corrían “tiempos recios” en ambos lados del Atlántico. Quién sabe si el precio de contar con una Patrona para América es no haber podido leer nunca su obra completa.

No les extrañe mi atribulada afirmación: la mismísima santa Teresa de Jesús se vio precisada a quemar ella misma sus *Conceptos del amor de Dios*, una interpretación audaz del *Cantar de los cantares*, ya inaceptable después de Trento. Se salvaron del fuego tan sólo un puñado de legajos, y aun así, la santa de Ávila tuvo mejor suerte que san Juan de la Cruz. Nunca sabremos qué contenían los folios que tuvo que engullir apresuradamente cuando escapa por unos breves momentos de sus hermanos calzados, que lo conducían preso a la cárcel de Toledo. Cientos de sus folios y de sus cartas, algunos de ellos ya en manos de las monjas descalzas, sucumbieron a las llamas por orden del mismísimo san Juan. El fuego siempre ha acechado la literatura mística del Siglo de Oro. A veces, —es imperativo recordarlo— esas llamas las encendían manos amigas, precisamente para proteger del Santo Oficio al contemplativo en cuestión. Tampoco hay que olvidar el caso de tantos silencios cómplices: Ana de Jesús, destinataria del ‘Cántico espiritual’ y mística por derecho propio, no dejó escrito nada acerca sus experiencias en buena medida para no sembrar más problemas en el proceso de beatificación de su director espiritual. La colonia novohispana se hacía eco de este ambiente tenso, bien que con nuevas variantes históricas. Todo investigador de la espiritualidad renacentista y barroca es un caído en la cuenta de que sólo un milagro le devolverá los textos perdidos por el excesivo celo de las autoridades religiosas del momento.

Ese milagro ocurrió, afortunadamente para Emilio Báez y para la posteridad, en 1923, cuando Fray Luis G. Alonso Getino descubre “dos pliegos de aspecto cabalístico, plagados de gráficos” (107) en la habitación donde había muerto la contemplativa limeña, ubicada dentro de la clausura de Santa Rosa de las Madres en Lima. El fraile había dado con los hológrafos de santa Rosa, constituidos por 15 gráficos en los que la joven ilustraba las mercedes que Dios le había concedido. Santa Rosa las compuso el 23 de agosto de 1616 y en el primer pliego constan las “Mercedes” y en el segundo la “Escala espiritual”. Es el único documento contemplativo de su autoría con el que contamos hasta el presente, y gracias a él se deshace el mito de santa iletrada que se había ceñido en torno a la joven. Ahora los hológrafos la presentan a la posteridad como una mística en toda forma que quiso dejar constancia no sólo de sus visiones sino de los pormenores de su camino espiritual.

Y lo hizo con singular gracia artística no exenta de hondura intelectual, como demuestra convincentemente Emilio Báez en los capítulos tercero y cuarto del libro que hoy celebramos. Allí nuestro autor lleva a cabo el estudio más valioso y pormenorizado con el que contamos hasta ahora del lenguaje literario-espiritual de los hológrafos rosarianos. La santa había logrado expresar sus éxtasis, visiones y andadura contemplativa gracias —y cito al autor— a la “feliz conjunción de palabra y aguja, frase y bordado”. Estamos ante una obra intensamente original, dada su novedosa condición poliartística, que constituye, como afirma Báez, “el primer discurso conscientemente creativo del pensamiento místico” de nuestro lado del Atlántico. Los hológrafos constan de dos pliegos titulados “Mercedes o “Heridas del alma” y la “Escala espiritual”, y Ramón Mujica Pinilla las reproduce fielmente en su espléndido estudio ilustrado *Rosa limensis* (2001). Los pliegos de papel de Santa Rosa exhiben ilustraciones a modo de *collage* del órgano cordial, que simboliza simultáneamente el músculo orgánico donde se aposenta su alma y a la vez, la sede de la unión mística. Estos corazones, recortados en tela y adheridos con pegamento a ambos pliegos, se encuentran circunvalados por lemas aclaratorios o frases temáticas en torno a las mercedes otorgadas por Dios con los que la autora explicita los pasos sucesivos de su *peregrinatio animae*. Emilio Báez se refiere a estos curiosos hológrafos híbridos, literarios y a la vez gráficos, como una “poética visual del Inefable”, sirviéndose de una frase afortunada que R. Sarabia esgrimió para explorar *La poética visual de Vicente Huidobro* (Iberoamericana/Vervuert, 2008).

Báez se ocupa de contextualizar la obra poliartística de santa Rosa de santa María dentro de las numerosas tradiciones con las que hace escuela: el *collage*, el arte de la memoria, tan convincentemente estudiado por la insigne Frances Yates, la emblemática renacentista, la tradición del caligrama, de antigua estirpe griega y reformulado modernamente por Guillaume Apollinaire. Me pregunto si la destacada poeta española Clara Janés conoce los hológrafos rosarianos, pues ella también ilustra sus vivencias espirituales usando el collage, la emblemática y los ideogramas. Valdría la pena estudiar su obra pictórico-verbal a la luz de su ilustre antecesora peruana. (Emilio, he aquí otro tema de estudio para ti.)

Las glosas rosarianas sostienen, de otra parte, un diálogo espiritual intenso con el *Cantar de los cantares*, con el Pseudo Dionisio, con San Juan Clímaco, con los *mystici majores* del Carmelo, San Juan y Santa Teresa, como bien ve el autor en su cap. IV. Pero hay que decir que la doncella limeña maneja sus fuentes con una sorprendente originalidad y una vigorosa voluntad de estilo. En su reformulación mística del órgano cordial da un paso de avance muy novedoso en relación a la poética de las beguinas medievales —pensemos en Angela de Foligno y Matilde de Magdeburgo— quienes, basándose en el amor cortés a lo divino, otorgaban un papel protagónico al corazón sangrante de Jesús. Este emblema cordial desembocaría, con el paso de los años, en el culto al *Sacré Coeur*, prohijado por san Francisco de Sales. Rosa, en cambio, nos hablará de su propio corazón como sede del milagro místico unitivo: los hológrafos constituyen una abreviada autobiografía espiritual, con lo que no hay sino lamentar una vez más la pérdida de lo que sin duda sería una versión prosística más pormenorizada del camino místico que esbozan sus corazones de tela.

La mayor parte de las veces la joven limeña hace referencia, tanto con el cálamo de su aguja como en sus glosas verbales, a las mercedes que recibe de Dios bajo el símil de heridas punzantes. El hondón del alma que es su ápice cordial es asaetado una y otra vez por arpones, dardos, clavos, rayos, ballestas: incluso por un mismísimo cálamo. Las heridas quedan abiertas o bien logran cerrarse para dar paso a nuevas heridas: Emilio Báez no pasa por alto el apasionado erotismo que subyace las imágenes. No hay que extrañarse: sus hológrafos son hijos, a fin de cuentas, de la mística europea que a lo largo de muchos siglos se había hecho eco de los deliquios nupciales del *Cantar de los cantares*.

Pero santa Rosa de santa María no se limita a la contemplación sufrida de la que también es heredera directa, y que tanto practicó en vida. Mi hológrafo favorito —uno de los que hermana con el vuelo místico de san Juan de la Cruz— es la “Tercera merced”. La imagen de este hológrafo ha sido declarado “única” por los expertos rosarianos, que ven en ella —con toda razón— “un arrobo” propio de “los divinos desposorios” (127). Las tijeras de la santa trazan la forma de un corazón en vuelo, tal como describe Emilio Báez, a quien dejo la palabra:

El alma cordial va en pos de Dios por el espacio aéreo, dotada de dos pares de alas, de las que se distinguen sólo las plumas remeras. Un par le ha brotado en las aurículas y otro en los ventrículos. Cada ala presenta en su plumaje la frase “buela para Dios” con una leve forma arqueada, conforme la estructura ósea de esta extremidad; aquí, la palabra se somete a la forma de la imagen (pp. 127-128).

Concluye Báez: “esta merced es la forma más bella de aproximar la noticia del vuelo introspectivo deificante” (p. 129). El vuelo de este corazón ya descorporeizado me evoca las palabras aéreas con las que la doncella limeña intenta inútilmente describir a Dios: éste, como tuvimos ocasión de advertir, se le antoja como un mar infinito o una nube infinita a salvo de toda imagen concreta. Este corazón al que las tijeras sabias de la contemplativa sustrajeron la carne corpórea parece justamente lanzarse al vuelo por ese mar o nube gozosamente ilimitada de la esencia de Dios.

Emilio Báez ha rescatado—y valorado--para nosotros el singular experimento icónico-verbal de la Patrona de América, a quien desde ahora habremos de leer de una forma muy distinta. Cabe decir, considerando su diálogo enterado pero enormemente original con la literatura mística que la precede y con las tradiciones artísticas más diversas, desde el collage hasta la emblemática barroca. Nuestro estudioso rastrea paciente y brillantemente las complejísimas tradiciones culturales que desembocan en los hológrafos de la Patrona de América, y para ello ha tenido que dialogar a su vez con todos los expertos del campo rosariano, desde Mujica Pinilla, René Millar y Teodoro Hampe hasta Fernando Iwasaki. También ha tenido que conocer de cerca la obra de espirituales como el Pseudo-Dionisio, Santo Tomás y Francisco de Sales, así como el complejísimo mundo icó-

nico de Apollinaire, Georges Braque, Cicerón, Quintiliano, Picasso, sin olvidar el célebre *ut pictura poesis* horaciano.

Entre tanto nombre ilustre, me emociona descubrir la profunda puertorriqueñidad del investigador que ha logrado hablar tan de tú a tú con el *scholarship* internacional: Emilio Báez engalana sus capítulos eruditos con versos patrios de Violeta López-Suria, Luis Palés Matos y Julia de Burgos. Al amparo de estos reclamos, para mí muy emocionantes, el autor pone de relieve un dato que nos toca a todos de cerca: Isabel Flores de Oliva, quien más tarde se convertiría en santa Rosa de Santa María, era hija de un puertorriqueño, Gaspar Flores, “gentil hombre de la compañía de arcabuces de la guarda [virreynal], [y] natural de San Juan de Puerto Rico” (19). De ahí que nuestro autor se refiera a la santa “boricuo-peruana”: santa Rosa de Lima no sólo fue del Perú Virreynal, ella es también un poco nuestra.

Cuando se escribe un libro tan afortunado como éste siempre hay un intenso amor por el motivo de estudio que lo ha hecho nacer. De ahí que el autor se refiera a su contemplativa peruana con los epítetos más hermosos, hijos de su siempre elegantísima pluma: santa Rosa de Santa María, la Virgen de la Ciudad de los Reyes, la santa panhispánica de ultramar, la doncella criolla, la doncella boricuo-peruana. Pero sé bien que cuando la necesidad apremia Emilio —no hablo ahora del estudioso, sino de mi amigo Emilio— solicita lo socorra la mismísima Patrona del Perú, las Américas y las Filipinas. Pero, ojo: no la aborda con estos epítetos solemnes, sino que se dirige a ella fraternalmente, como “Rosita”. Pues bien, para terminar estas reflexiones, también yo pido a “Rosita”, la patrona de América que tan bien supo “connubiar el cálamo con la tijera”, que tienda sobre su devoto comentarista su mano generosa para que siga dando a Puerto Rico —y al mundo— libros de la altura del que he celebrado con ustedes hoy.